

Rivera, 130 años después

YINETH ANGULO CUÉLLAR

Poeta y docente universitaria.

Hoy salí a buscar a Rivera y encontré su nombre en un edificio, en un barrio, en un colegio, en una revista, en una calle. Salí a buscar su voz y fui atropellada por el vuelo de los potros y su cara que contempla con tristeza el atardecer. Encontré una bienal, una fundación y una moneda con su rostro. Lo hallé en boca de intelectuales, académicos, poetas, maestros y políticos. Salí a buscar su casa en el Camellón de los Almendros y encontré gritos atrapados en las paredes que guardan la memoria de tiempos oscuros, como una dolorosa paradoja: calabozos e imágenes de terror; detenidos, torturas y desapariciones en los años ochenta; chuzadas telefónicas, seguimientos y falsos positivos en años recientes. Solo una placa me recuerda que allí nació José Eustasio Rivera.

Caminé por las calles neivanas y pude sentir su temor de niño en un colegio en donde era objeto de burlas por su hablar y costumbres campesinas. Lo imaginé, es curioso, siguiendo las tropas conservadoras, dirigidas por su tío Toribio, en la Batalla de Matamundo. Niño encerrado en el silencio, con su rabia concentrada, su desconcierto y su espíritu indómito que se rebela ante las rígidas reglas de los colegios de donde lo expulsan por preguntar, por derribar los muros y explorar el mundo con asombro. Logro percibir su soledad y desamparo en una ciudad que siempre le fue hostil, en este valle de tristezas cercado por montañas, lejos de la vida en la finca La Esmeralda en donde aprendió a ser hijo del monte. Siento su indignación cuando adolescente —trabaja como portero escribiente de la

gobernación—, soportando las burlas de sus compañeros, escondiendo su timidez en unos zapatos de charol.

Parte hacia Bogotá desde el puerto del Caracolí, con temor sube a un champán y encuentra en el río la metáfora de su vida, el camino que lo llevará a navegar por ríos interiores, a explorar los “otros ríos” de ese país desconocido. El viaje fue la última oportunidad que le brindó la familia, pero la ilusión de una beca le permitirá demostrar a todos de lo que es capaz. Su cuerpo moreno, con todos los soles atrapados en la piel, sobrevivió en la gris y lluviosa ciudad, de lóbregos habitantes, vestidos de trajes y sombreros.

Fue duro adaptarse, abrirse paso con sus costumbres provincianas, compartiendo la pobreza con los compañeros de internado, pero pronto la ciudad se convirtió en el territorio donde sus sueños de poeta crecieron. En la Normal encontró al maestro que le ayudó a descubrir su vocación de río que ya nada ni nadie pudo doblegar. El joven escritor deslumbra con la fuerza de sus versos, el Caña brava del Huila empieza a entonar su canto. Publica los primeros poemas, se hace maestro.

Viaja a Ibagué como inspector de educación, bajo la advertencia de que no debe ir en contra de las políticas educativas planteadas por las autoridades clericales. La ciudad no le va bien, pero sus paisajes, sus farallones y la posibilidad de practicar la cacería hacen que explore los espacios naturales; aquí nacen algunos de los poemas de su *Tierra de promisión*. No se resigna a ser un simple funcionario, sin capacidad de

pensar y actuar, mantiene su independencia de criterio y es obligado a renunciar luego de su discurso en la Normal de Señoritas de Neiva, en el cual abogaba por una educación menos conventual para las mujeres.

Los problemas económicos lo llevan a estudiar una profesión que le permita mejorar sus ingresos y, si es posible, escalar socialmente. Los estudios de derecho en la Nacional y la incursión en la política “solo le aportaron el conocimiento de las miserias humanas”. Como polemista defendió su obra contra los ataques sin tregua de escritores nacionales, mientras su obra se abría paso y ganaba elogios fuera del país. Su insobornable sentido de la ética, que estaba por encima de los partidos, no le permitió alcanzar sus ambiciones personales. ¿Cuántos Riveras nos harían falta, en momentos en que nuestro país naufraga en la corrupción, para elevar el nivel ético de la vida política actual?

Su viaje a los Llanos Orientales en 1916 lo lleva a descubrir “otro país”, diferente a todas las regiones que conocía; esta experiencia de retorno a la naturaleza despliega posibilidades sensitivas: paisajes, colores, aromas que alimentan su sensibilidad poética. En el Casanare recorre el llano y, como buen observador, hace un estudio de las gentes, sus costumbres, sus dialectos, sus imaginarios; conoce a personajes que en sus conversaciones le narran historias de sus vidas y de la región, que luego serán incorporadas en la primera parte de *La vorágine*.

Regresa a la provincia, no porque quisiera volver al pueblo que le cerró las puertas, que lo “barrió de un sotanazo” y lo quiso conventual, dócil y servil a un partido; retorna a su hogar como único refugio: enfermo, herido de amor, desilusionado de la política y de los hombres. Y es aquí donde continúa la escritura febril de la novela en la que puso todo su dolor, su rabia ante la aberrante situación en las selvas colombia-

nas: la explotación inhumana, el abandono, la ignominia. El hombre río ensancha su cauce y nos lleva a conocer paisajes alucinantes en los que “los árboles hablan y son burlones”; nos da noticia del etnocidio de las tribus indígenas esclavizadas por las empresas del terror; denuncia la agresión a la selva desangrada por caucheros que convirtieron en desierto todo el ecosistema que mitológicamente protegía la indiecita Mapiripana.

Un día decide marchar, desencantado de todo. Su espíritu inconforme busca nuevos espacios para continuar su vuelo insaciable de infinito. Viaja a Nueva York llevando como equipaje proyectos visionarios: la creación de una editorial (Editorial Andes), la traducción al inglés de *La vorágine* y su versión cinematográfica y la escritura de una novela sobre el petróleo, *La mancha negra*. Fueron meses de trabajo incansable. Despidió al piloto Benjamín Méndez en su vuelo Nueva York-Colombia, “usted significa para mí aquel hondo anhelo de hazaña que late en el pecho de cada hombre, la aspiración a lo extraordinario, el ansia de señalar con una proeza memorable la trayectoria de nuestra vida efímera”. Y finaliza, tal vez con la última frase que proclamó en público, en la que, a pesar de todo el desencanto, hace resaltar el amor y el compromiso con su país: “Brindemos por Colombia y por las hazañas que realiza a través de sus buenos hijos”.

Rivera muere en Nueva York con frío y en invierno. La muerte lo encontró en una ciudad extraña, en el agitado mundo moderno de comienzos del siglo xx, alejado de su familia, del llano, de las montañas y la selva; de los ríos y los nevados, del arrullo de la paloma torcaz. El cuerpo del poeta permanece en la soledad de la metrópoli, mientras se hacen recolectas para regresarlo. El gobierno no aporta para la repatriación. A bordo del Sixaloo, atraviesa el

mar, llega a Barranquilla e inicia su regreso por el río Magdalena en el buque Carbonel González.

El poeta vidente anticipa su regreso en las páginas de *La vorágine*, “La curiara, ataúd flotante, siguió agua abajo, a la hora en que la tarde alarga las sombras”; navegó por el río grande, recibiendo homenajes sinceros en cada puerto, en cada pueblo. Menos aquí, en la tierra donde nació. Sus restos descansan en la fría Bogotá, la ciudad que amó porque “supo quererlo, alentarle en todas las horas de su vida”. Miles de personas desfilaron delante de su féretro, convertido en símbolo nacional. Hoy el mausoleo familiar se cae a pedazos, entre el musgo y el moho; sin un verso, sin una placa, a pesar de haber sido elegido el personaje representativo de los 400 años de la ciudad.

José Eustasio. Esta ciudad que no lo quiso usa su nombre como una marca, como un eslogan, pero no es capaz de reconciliarse, de dignificar su nombre, de echar a volar sus versos, sus ideales, sus luchas. Su obra es un patrimonio que pocos conocen porque su espíritu y grandeza no han sido comprendidos. Sin embargo, con el paso de los años, la obra sigue vigente y como la piedra en el estanque, sus ondas profundas continúan produciendo sentido. *Tierra de promisión*, que es mucho más que selva, montaña y llano, permanece serena y genera significados, enriquecida con nuevas lecturas, voces y miradas. Juan Gil se abre

paso a bastonazos por estas tierras ciegas de luz, cuestionando la muerte del ideal y de la utopía. La vorágine, en su afán por hacer visible los sufrimientos de los caucheros, alcanza una dimensión humana profunda; ahora más que nunca la explotación es global: en las selvas colombianas en donde se cultiva y procesa la coca o en las fábricas chinas; en las maquiladoras de la frontera mexicana con Estados Unidos o en las fábricas textiles de la India; en los centros mineros de cualquier país tercermundista o en la infame trata de blancas que funciona como una aberración del siglo XXI. Ayer y hoy la miseria tiene el mismo nombre, la injusticia y la ambición sin límites son el combustible de esta sociedad.

Poeta, hoy busco su voz en esta ciudad que le rinde homenajes y empiezo a sentir que hemos trascendido, que tenemos ganas de escuchar sus poemas en cada esquina, en cada árbol; en las cigarras que revientan en la tarde y las palomas que adormecen las montañas. Esta tierra que lo rechazó, hoy comienza a descubrirse en su raíz, en el paisaje interior que nos devela, en los conflictos que denuncia, en la ceguera espiritual que nos envuelve. Porque con su obra y sus escritos, sus luchas contra la injusticia, sus actitudes como intelectual, su dignidad de político, su amor por la naturaleza, por el país y por la tierra, se ha convertido en un gran guáimaro que nos oxigena y nos continúa asombrando.

Feliz cumpleaños, querido Tacho. ■■